

LA ILUSION DEL CATOLICISMO LIBERAL

E.
MIRET
MAGDA
LENA

El catolicismo patrio, bajo el peso del presionante nacionalismo de gobernantes y clero, llegó a convertirse en recientes años no sólo en un catolicismo nacional, sino lo que es más grave, se transformó en un nacional-catolicismo, en el cual el acento se ponía siempre en la palabra "nacional", antes que en la de "universal".

En el siglo pasado, la filosofía del krausismo, desarrollada por don Julián Sanz del Río, fue, sin embargo, una esperanza para el catolicismo hispano. Pero el liberalismo de estos católicos fue severamente juzgado por los que se encontraban cerca de la jerarquía eclesiástica. El erudito Menéndez Pelayo habló de don Fernando de Castro, por ejemplo, como de un "clérigo apóstata", que "eligió el sendero para bajar a los infiernos". Y el novelista y periodista Navarro Villoslada, director del Pensamiento Navarro, le invitaba a salirse del catolicismo con estas palabras: "Para atacar a la Iglesia es menester salirse resueltamente de la Iglesia, y colocarse frente a ella". Lo mismo que pretenden muchos actuales católicos ultramontanos que haga yo, después de escuchar mis comedidas palabras favorables a la paternidad responsable en la TVE.

Han sido estos católicos conservadores frecuentemente "ateos prácticos", que no encarnan en sus vidas las palabras que predicán con la boca. Olvidan, como decía en 1874 don Fernando de Castro, que "Jesucristo... proclamó el dogma de la igualdad moral de los hombres, y el de la fraternidad por el amor...; y el que... estableció el principio de la vida interior libre, perteneciendo en rigor a su Iglesia, no los que prestan una adhesión ciega... a sus doctrinas y cumplen exteriormente la ley, sino los que examinándolo y probándolo todo —como exigía San Pablo— se afirman y mantienen en lo bueno".

Pero hoy, lo mismo algunos eclesiásticos que ciertos fieles seguidores suyos, acostumbran a airear bonitas palabras de democracia, participación y diálogo; pero en sus actuaciones concretas son autócratas decididos y grandes fautores del exclusivismo y el privilegio. Existe una clara discordancia entre palabras públicas y realizaciones prácticas, a pesar de sus melifluas palabras semiprogresistas. No les preocupa casi nada más que su imagen pública y no la realidad que hay tras ella en la vida interna de la Iglesia.

Otros menos decididos se limitan a la hábil táctica derechista de frenarlo y aguarlo todo. Así, cuando, por ejemplo, se prepara un catecismo de preadoles-

centes, como el proyecto que se presentó a los obispos en la reciente Asamblea Episcopal, se lima una vez tras otra de tal modo el texto que queda sólo la fachada y no la realidad renovadora que pretendió ser. Cuando se quiere informar a nuestro episcopado de la verdadera situación del país en sus reales y duros aspectos económicos, sociales, culturales y políticos, se rechaza este trabajo de especialistas, que no es muy optimista para esta Iglesia tan moderada que tenemos, y se sustituye por un cuestionario para que sean los propios obispos quienes dictaminen sobre lo que desconocen, quedándose así tan satisfechos en su ignorancia de la realidad del país.

La mayoría de la juventud no quiere ni oír hablar de esta pesada y lenta Iglesia que tenemos y cuya renovación sólo ha sido, por lo general, de lavarse un poco la cara y saber usar en público unas palabras más atractivas que antes. Y los intelectuales y obreros se sienten defraudados de tanta lentitud y de tanto oportunismo momentáneo, sin suficiente perspectiva de futuro.

Estamos ante una grave encrucijada. ¿Será factible —me pregunto ante ella— un catolicismo liberal en nuestro país, aquel que tanto anhelamos muchos creyentes y que, siguiendo tesoreros en nuestra fe cristiana abierta, creemos todavía en su posibilidad?

La verdad es que hasta ahora esto no ha sido nunca posible. Desde hace más de un siglo que empezó esta clara batalla por la libertad del creyente y de la sociedad, todavía no la hemos ganado ni se ha plasmado claramente en los hechos católicos. Si ya no se utilizan tan frecuentemente como antes las excomuniones, en su acción privada estos mismos aparentemente tolerantes, conminan con castigos anacrónicos a algún sacerdote liberal, o piden el silencio a seglares que no se conforman con los desaciertos doctrinales o pastorales de la Iglesia, y —si no— les insinúan la salida de ella.

Don Francisco Giner de los Ríos, el gran propulsor de la Institución Libre de Enseñanza en el siglo pasado "conservaba la esperanza en una renovación de la Iglesia española", y así lo creyó durante muchos años. Pero —al fin— los hechos se impusieron y —con gran dolor suyo— se desvaneció toda prudente espera de ver modelarse en España un "cristianismo racional", el mismo que ahora algunos tenaces católicos seguimos luchando por que venga, sin tener el apoyo claro y decidido de nuestros dirigentes espirituales.

Han olvidado nuestros mentores ca-

tólicos una gran verdad, proclamada por el católico Montalembert en el pasado siglo: "Si queréis la libertad para vosotros, necesitáis quererla para todos los hombres y bajo todos los climas". Han de pretender estos dirigentes eclesiásticos la libertad real no sólo en público, sino en privado; no sólo para los que están fuera de su jurisdicción, sino para los que siguen dentro de las filas de la Iglesia. Si predicán la libertad, que se vea con los hechos y acciones de todo género —como pedía Pablo VI en su carta Ecclesiam Suam— que "nuestra misión... no se presentará armada con la coacción exterior, sino solamente por las vías legítimas de la educación humana, de la persuasión interior, de la conversación común..., respetando siempre la libertad personal y civil".

Queremos que la libertad de conciencia, que enseñó el cristianismo de los primeros tiempos, sea también verdad en el siglo XX, y que lo sea dentro de nuestra Iglesia. Que no vuelva a ocurrir lo que le ha pasado a un clérigo y religioso tan amante de la Iglesia como el padre Díez Alegría, S. J., que ha estado en una situación eclesiástica incómoda por seguir su deber de conciencia de ser plenamente sincero dentro del catolicismo.

En una palabra: el mundo de los no-creyentes nos ha enseñado a los creyentes que el liberalismo —el afán de libertad para todos— no es pecado, a pesar de que antes y después de nuestra guerra civil se llegaba a decir que leer un periódico liberal era "pecado gravísimo", y que únicamente sería leve si sólo se leían —por ejemplo— "las reseñas taurinas" (Mazo-Ripalda: El catecismo explicado, Madrid, 1939).

Si la religión tiene que ser en nuestro país "la administración de lo sagrado", como decía el sociólogo Durkheim, queremos, ser religiosos, pero sin este dipo de religión sólo burocrática, autoritaria y egocéntrica. Y pretendemos abrir los ojos de los creyentes españoles a esta aspiración que tanto concuerda con el Evangelio, sin por eso sentirnos desiguales de aquellos santos católicos de antaño —como Santo Tomás Moro, o el maestro Eckhart, o San Juan de la Cruz— que sufrieron persecución por muchos de la Iglesia por hacer valer ante todo su convicción, pero conservándose dentro de ella. ■